

# RAMASWAMI, EL MUCHACHO GITANO

Por **MAE HARGRAVE**

RAMASWAMI, el muchacho gitano, gimió y se dio vuelta sobre la estera que estaba en el piso duro de tierra. ¡Cuán miserable se sentía! ¡Todos los días estaba con fiebre, y con esa tos tan horrible! Ramaswami vivía con su padre y su madre en una chocita de la aldea Paso de la Montaña, en el sur de la India.



Afuera de la choza estaba conversando el padre con algunos amigos.

-¿Dónde está Ramaswami? -le preguntaron al padre-. Hace mucho que no lo vemos.

-Ha estado enfermo durante mucho tiempo -respondió el padre-. Tose noche y día.

Cuando un gitano tiene esa clase de tos -dijo un viejo y sabio gitano-, siempre muere.

El padre suspiró y se lamentó:

-Y en esta aldea no tenemos ningún hospital, y ni siquiera un médico.

Cuando Ramaswami oyó esa conversación, volvió la cara hacia la pared de barro y trató de reprimir las lágrimas. Aunque era un muchacho valiente se dijo:

-Yo también voy a morir, como muchos de mis amigos.

Su padre y su madre oraron a sus dioses hindúes y a los espíritus, pero Ramaswami no mejoró. Se fue debilitando cada vez más. Entonces un día un amigo de la familia llegó a la choza.

-Quiero ver a Ramaswami -dijo.

-Pase -lo invitó la madre-. Nuestro hijo está acostado en la estera allá en el rincón.

-Cuando volví a casa, de Guntur, hace unos días -dijo el hombre a Ramaswami-, oí decir que estabas enfermo. Tengo buenas noticias. En Guntur hay un nuevo sanatorio, y un médico bondadoso que cura a muchos enfermos.

Ramaswami lo miró esperanzado y preguntó ansiosamente:

-¿Cree Ud. que puede curarme?

-Yo no estoy seguro -respondió el hombre-, pero si es posible, debieras hacer un esfuerzo y llegar al hospital.

-Iré a Guntur -dijo Ramaswami incorporándose en la estera-. Tal vez pueda llegar a la ciudad.

El padre le dio algo de dinero, y Ramaswami comenzó el viaje a pie. Mientras recorría el empinado camino montañoso, descansaba a menudo. Finalmente llegó a la carretera, pero se sentía demasiado débil para dar un paso más. Se sentó luego junto al camino temiendo morir allí mismo.

Después de lo que le parecieron horas, Ramaswami oyó el traqueteo de una carreta de bueyes que se aproximaba.

-Señor -dijo el muchacho dirigiéndose al carretero-, ¿me llevaría hasta la estación de ferrocarril?

Ese fue un viaje muy incómodo, por que el camino era desparejo y la carreta se sacudía mucho, pero era

mejor que caminar. Cuando llegó a la estación de ferrocarril, Ramaswami pagó su boleto con un suspiro de alivio.

¡Cuán feliz estaba de poder subir al tren y descansar! Se sentía muy débil y enfermo pero, por fin llegó al hospital. El Dr. Samuel y su esposa le dieron una bondadosa bienvenida.

-Tu condición es muy grave -le dijo el Dr. Samuel-. Tú tienes tuberculosis, pero estoy seguro de que podemos ayudarte. Antes de comenzar con los tratamientos vamos a orar a Jesús para que te sane.

Ramaswami lo miró sorprendido. Nunca había escuchado hablar de Jesús. Durante toda su vida había orado a los espíritus y a los dioses de piedra, como estaban acostumbrados a hacerlo todos los gitanos de la aldea. El Dr. Samuel elevó una corta oración y le pidió a Jesús que le diera sabiduría para tratar al muchacho.

Cuando el Dr. Samuel fue a su casa esa noche, dijo a su familia:

-El muchacho gitano del Paso de la Montaña está muy grave. Debemos orar para su restablecimiento. En esa aldea nunca se ha permitido la entrada de un misionero. Los gitanos piensan que los cristianos son enemigos suyos. Esta es nuestra oportunidad de enseñarle a uno de ellos acerca del Señor Jesús.

La Sra. Samuel se interesó muy especialmente por el muchacho y diariamente se sentaba al lado de su cama para contarle historias del Señor Jesús. Ramaswami se iba sintiendo un poquito más fuerte cada día. Ya no tosía tanto. El buen alimento que le daban en el hospital le hizo ganar peso. Al poco tiempo se sentía tan bien que quería ayudar en alguna cosa. Estaba cansado de estar en cama.

Un día la Sra. Samuel le preguntó:

-¿Te gustaría aprender a leer y escribir?

-¿Cree Ud. realmente que yo puedo aprender a leer y escribir? -preguntó él, brillándole de felicidad los ojos.

-Por supuesto que puedes aprender -le respondió la Sra. Samuel-. Mañana vamos a empezar con la primera lección.

Y entonces siguieron días muy felices para el muchacho. Muy pronto pudo leer por sí mismo las historias acerca del Señor Jesús.

Cierta mañana, mientras el Dr. Samuel recorría el hospital deteniéndose a conversar con los pacientes, llegó hasta donde estaba Ramaswami, sentado en una silla.

-Se te ve muy bien, joven -comentó el doctor-. En realidad, estás casi sano.

-Pronto podré volver a mi aldea, pero antes de volver quiero que me bauticen -dijo el muchacho.

-Yo esperaba que dijeras eso -le respondió el médico-. De manera que Ramaswami, el muchacho gitano fue bautizado y llegó a ser adventista del séptimo día.

-Ahora, Ramaswami, ya que has llegado a ser cristiano -le dijo la Sra. Samuel-, me parece que debieras tener un nombre nuevo. El nombre que tienes ahora significa: 'Señor Rama', pero tú no adoras más al dios hindú, Rama.

-Me gustaría mucho tener un nombre cristiano -respondió el muchacho.

Déjame pensar en un buen nombre -dijo la Sra. Samuel-. ¿Te gusta David? Si, yo creo que ése es el nombre que debes tener. David era un pastorcillo que luchó contra un gigante y lo venció. Tú, Ramaswami, has tenido un 'gigante' y también lo has vencido. Tu 'gigante' era una terrible enfermedad.

Desde ese día en adelante Ramaswami fue llamado David por sus amigos cristianos.

El muchacho volvió a su aldea rebosante de felicidad. Tenía el cuerpo y las ropas limpias, pero aún más importante que eso, tenía limpio el corazón. Para David no había más robo, como todos los gitanos acostumbraban hacerlo. Deseaba contarles a todos sus amigos acerca del Señor Jesús, el que lo había sanado con la ayuda del Dr. Samuel.

-Nuestro Ramaswami ha vuelto, y está completamente sano -dijeron sorprendidos los aldeanos-. No murió.

Para los gitanos eso era un milagro. De modo que lo rodearon para escuchar lo que tenía que contarles. Los aldeanos escucharon con interés. Nunca habían permitido que ningún misionero entrara en su aldea, pero David era diferente. Era uno de ellos. Les enseñó día tras día y ellos lo escuchaban ansiosamente.

-¡Cuéntenos más! -le rogaron.

-Yo no sé más -admitió el muchacho-. Voy a llamar a la Sra. Samuel para que venga y les enseñe. El doctor está demasiado ocupado para venir.

Ese era un viaje difícil y peligroso en el cual había que cruzar las montañas boscosas, pero la Sra. Samuel llegó a la aldea del Paso de la Montaña. Les enseñó a los gitanos a vivir vidas limpias. Les hizo entender cómo Jesús los amaba. Los gitanos escuchaban todo lo que ella les decía, y llegaron a quererla. Y antes de mucho un grupo de gitanos quería ser cristiano.

Debido a que había tantos enfermos en el Paso de la Montaña, vinieron otras señoras misioneras y una enfermera para cuidar de los enfermos y darles medicinas. Mientras las señoras estaban visitando la aldea se encontraron con Kesiamma, una niña que quería ir a la escuela. Tanto David como Kesiamma fueron a la escuela adventista de Narsapur, situada en el sur de la India.

Kesiamma, así como David, quería enseñar a su familia gitana y a sus amigos a prepararse para recibir al Señor Jesús. Mientras estaba en la escuela, volvió muchas veces a la aldea para enseñar a los aldeanos. Debido a sus enseñanzas y oraciones, su madre gitana fue bautizada.

Cuando Jesús venga no sabemos cuántos de los gitanos del Paso de la Montaña serán salvos. Puede ser que haya muchos, y todo debido a un valiente muchacho, muy enfermo que fue a un hospital adventista del séptimo día. Allí encontró a un médico bondadoso y a su familia que estaban dispuestos a dedicar tiempo para enseñar a este muchacho acerca del Señor Jesús.